

PRIMERA EVANGELIZACIÓN DE MÉXICO
CULTURAS PREHISPÁNICAS
Algunos signos de la revelación de Dios en nuestra historia

LUIS LUNA GONZÁLEZ
México

I. CULTURAS PREHISPÁNICAS

1. *Los nahuas y su Dios*

Al llegar a los territorios que años después se llamarían México, los conquistadores encontraron numerosas culturas muy desarrolladas. Las primeras con las que Hernán Cortés entró en contacto fueron la totonaca, al norte del estado de Veracruz, después la tlaxcalteca y la nahua en el centro. Pero existían muchas otras culturas que nos dejaron recuerdos imperecederos de sus adelantos sociales, artísticos y religiosos.

Lo que más admiró a los españoles, y aún llama nuestra atención, son las obras arquitectónicas monumentales, vulgarmente "pirámides", que los indígenas llamaban "teocallis", es decir, casas de dios. Todas estaban dedicadas a las grandes celebraciones en honor de varias divinidades: Teotihuacán, los dos Templos de la ciudad de Tenochtlán en el Templo Mayor de México, Cuicuilco, Tlatelolco, Xochicalco, Teotenango en el altiplano, y en las regiones mayas Chichén Itzá, Uxmal, Tulún y Palenque, las de Tajín y Zempoala en Veracruz y las de Tikal y Copán en Guatemala y Honduras.

En el mundo de nuestros antepasados todas estas construcciones admirables estaban dedicadas exclusivamente a dar honra a Dios. Eso los preparaba de algún modo a la posterior evangelización.

Las relaciones públicas, las particulares y aún la conducta individual, la vida entera de aquellos "naturales", estaba inmersa en relaciones multifacéticas con la divinidad. No realizaban ninguna actividad sin tener

en cuenta a sus dioses, que acompañaban al individuo desde que nacía hasta su muerte.

2. *Teología tolteca-azteca*

Los aztecas tenían muchos dioses. A primera vista eran politeístas. Así los calificó el español cuando llegó a estas tierras. Nosotros conocemos un poco más de aquella cultura indígena. Tenemos otro concepto de este "politeísmo azteca".

Muchos de nosotros conocemos globalmente los nombres de los dioses aztecas: Huitzilopochtli, Quetzalcóatl, Tláloc, la Coatlicue, etc. Pero vale la pena poseer un concepto más coherente de la teogonía azteca.

Los toltecas habían ganado un gran prestigio. De manera que para los aztecas el ser "tolteca" era sinónimo de ser "civilizado".

Eso determinó que aceptaran a los dioses toltecas. Mejor será decir: "que aceptaran a Dios, según la cultura tolteca".

Los aztecas poseían sus "teólogos", los tlamantinime. El concepto de Dios que poseían estos teólogos era muy depurado.

¿Cómo era ese Dios acrisolado de los sabios-teólogos aztecas?

Ellos concebían a un *Dios creador*: su nombre Ometéotl (Ometecutli y Omecihuatal), el Señor de la dualidad. Esta designación se refiere a la fecundidad de Creador. Poseía la fecundidad total que entre los humanos se reparte entre dos sexos: es el Señor que se engendra y concibe a sí mismo, el que se piensa a sí mismo. Nadie lo creó o lo formó. A este gran Dios, los tlamantinime asignaban diversos atributos:

– *El verdadero Dios*, en náhuatl: el verdaderísimo Dios, el Dios de Gran Verdad (In Huelnelli Teotl Dios).

– *El Inventor de los humanos* (In Teyocoyani).

– *Aquél por Quien se vive*, por Quien todo se mueve (In Ipalmenohuani).

– *El Providente* (In Teimantini).

– *El Señor de los cielos y tierra* (In Ilhuicahua in Tlalticpaque).

– *El Dueño del Cerca, del Junto* (In Tloque Nahuaque), el cercano, el inmediato, el Señor cabe quien está todo.

– *El que tiene plena consciencia de Sí mismo* (In Moyocoyani).

– *El Señor Noche-Viento* (In Yohualli-Ehécatl). Esto es, el Misterioso, invisible como la noche, impalpable como el viento. El Espíritu.

– *El Dios viejo*, el que vive siempre (Huehuetéotl).

Se manifiesta con claridad qué alto concepto de Dios poseían los teólogos aztecas y en cuántos puntos coincide la teología azteca con la cristiana. El pueblo conocía estos nombres de Dios y los usaba —como ahora decimos— sin calar muy profundamente en su verdadero significado: "el Creador", "el Redentor", "el Omnipotente".

3. *La teogonía azteca*

Los mexica habían también recibido de los toltecas varias deidades muy antiguas:

El Dios Tláloc, dios de la lluvia. Un dios de procedencia agrícola.

Quetzalcóatl, Serpiente Emplumada. La serpiente se refiere a "sabiduría y prudencia". Quetzalcóatl era el dios "civilizado": El bueno, el justo, el sabio, el que en un momento se sacrifica con su sangre por los hombres y los "salva". El que se había alejado, pero volvería en una fecha prede-terminada.

Huitzilopochtli, que el "patrón" de los Tenochca, modelo de los jóvenes guerreros. También lo llamaban Tonatiuh, el Sol.

Tezcatlipoca, representación de la fuerza brutal o bárbara. Agresivo, violento, primario, como lo es la juventud y la milicia.

Estos dioses los representaban de manera muy variada. A veces se comprometían a portar unas insignias especiales como para hacer más sensible la presencia del dios. Las fiestas en honor de sus dioses eran muy largas y ceremoniosas, la mayor parte de las veces consistían en cantos y danzas interminables, agotadoras. A estas fiestas asistía todo el pueblo y se preparaban con ayunos y otras penitencias. La inmolación de hombres y mujeres era frecuente; por ejemplo, los mayas ofrecían al Chac Mool una doncella cada año para obtener la lluvia: la enjoyaban y luego la arrojaban al cenote sagrado de Chichén Itzá. Los sacrificios humanos que realizaban los aztecas tenían una profunda significación religiosa. Para ellos el sol Tonatiuh era el que conservaba la vida de todos los seres. Esa era su labor diaria. Pero en la noche tenía que luchar contra la luna y las estrellas. Si ellas lo vencían, todo terminaba. "Había que entregar al dios Sol la sustancia mágica de la vida, para reforzar con su vida, la vida del Sol", para que pudiera salir triunfante y aparecer fuerte y poderoso a la mañana siguiente. Era imprescindible ofrecerle sangre humana.

Los españoles que primeramente llegaron a estas tierras juzgaron que tales dioses no eran más que demonios. Nosotros podríamos pensar que

eran unos ídolos. Quizá no sea así: a través de esas figuras de barro o de piedra, ellos contemplaban, honraban y se relacionaban de algún modo con el verdadero Dios.

Todo eso nos hace recordar aquella expresión de san Pablo que "en Dios vivimos, nos movemos y somos". Los indígenas —tal vez mucho más y mejor que el español promedio de la época— vivía, se movía y existía en medio de sus dioses. Así, la vida de estos antecesores nuestros estaba inmersa en la fe. Buscaban fervorosa y humildemente a Dios y Él se les revelaba en el sol, la luna, el agua, el fuego, el viento, la serpiente... De algún modo les colmaba sus aspiraciones profundas, sus anhelos de absoluto, de felicidad. Su fe, de esta manera, se convertía en certeza.

El indígena mexicano vivía en la "presencia de Dios" continuamente. Esa presencia, influía, en su vida, en sus relaciones y su conducta, en su autorrealización y en todas sus actividades. Los huicholes todavía usan el Niérica u Ojo de Dios, que desde un lugar destacado los vigila perpetuamente.

Tan importante eran para nuestros antepasados sus dioses que cuando los españoles se los destruyeron, se presentaron ante ellos para decirles: "Hagan de nosotros lo que quieran, déjenos ya, pues, morir, déjenos perecer, puesto que nuestros dioses han muerto".

4. *El México precortesiano, lugar de revelación*

La historia de los pueblos que habitaban lo que hoy es México, es un lugar privilegiado de revelación. Dios se ha manifestado a ellos de muchas maneras, porque, como quizá ningún otro pueblo, lo buscaban, anhelaban conocerlo. Es muy significativo el hecho de que cuando llegaron los españoles al Anáhuac los aztecas esperaban la irrupción del Dios Quetzalcóatl, porque se estaba cumpliendo la fecha de su regreso.

Son muchos y muy claros los lugares de revelación que encontramos en el pueblo azteca. Veamos algunos:

- El concepto que tenían los indígenas de un Dios único, espiritual, con atributos muy semejantes a los que la teología católica asigna al Ser supremo.

- La fe firme y vital con que creían en sus dioses, una gracia de "experiencia" de Dios privilegiada.

- Su relación frecuente, consciente y personal con Dios.

— La costumbre de relacionar la fe con la vida. Dios era para ellos una persona *presente* en todo momento.

Se puede afirmar que Dios estaba de algún modo revelándose a ese pueblo que lo buscaba con tanto afán. Así esa vivencia profundamente religiosa de los indígenas, abrió de par en par las puertas a la plenitud de la Revelación, al Evangelio. En *Ad gentes* 4 el Vaticano II afirma: "El Espíritu Santo obraba ya, sin duda, en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado".

5. *Aplicación catequística*

En nuestra catequesis es imperativo promover ese conocimiento profundo de Dios que nuestros antepasados anhelaban. Que llegue a ser un conocimiento amoroso, obtenido en una relación interpersonal consciente y rica con el Señor. Nuestra catequesis ha de dar respuesta al anhelo de Dios que el pueblo mexicano ha heredado, ha de ayudar continuamente a purificarlo y acrecentarlo. Cada sesión de catequesis ha de ser un pequeño paso hacia la maduración de la fe de los perceptores, para que, como nuestros antepasados, lleguemos a colocar a Dios en el centro de la vida.

La coherencia entre la fe y la vida de los aztecas ha de ser un hito en nuestra catequesis. La "atmósfera divina" que los envolvía ha de ser el ambiente natural de nuestras catequesis... y, con los años, de la nación entera. Nuestra catequesis puede hacer de la historia actual de México un lugar privilegiado de revelación.

En conclusión: Cada sesión de catequesis ha de tener a Dios como centro; ha de dar un paso hacia la maduración de la fe; ha de culminar en una experiencia de Dios.

Hay que tener en cuenta además, la importancia de formar a los perceptores a una vivencia comunitaria de la fe.

II. LA COLONIA

En 1492 Cristóbal Colón llegó a la isla de San Salvador, en el Caribe y más tarde fundó colonias en Santo Domingo y Cuba.

Desde Cuba partieron varias expediciones a "tierra firme". Una de ellas, la de Hernán Cortés, en 1519, desembarcó en la Antigua Veracruz, tierra de indios totonacas, cerca de Zempoala. Los acompañaba un religio-

so mercedario. Eran los preludios de la colonización de México. De allí partió la expedición hacia el centro del imperio azteca. Pasaron entre el Popo y el Iztaccihuatl. Divisaron el Valle de México los recibió amistosamente el emperador Moctezuma, que precisamente estaba esperando por ese tiempo el regreso del dios Quetzalcóatl y, creyó que Hernán Cortés era el dios esperado. Moctezuma los acomodó en su palacio.

Tras varios desmanes de los españoles, los mexicas los atacaron, pero fueron derrotados en 1521 y Hernán Cortés empezó a organizar la Colonia sobre las ruinas del imperio conquistado.

Cortés en sus "Cartas de Relación" dio cuenta a Carlos V, rey de España desde 1517, de la gran conquista que acababa de hacer para su corona y de todo lo que había realizado para echar a andar la nueva colonia, la Nueva España, como se la llamó desde entonces. El propio Carlos V se comprometió personalmente a atender la colonización-evangelización de la Nueva España.

Cortés gobernaba la Colonia como capitán general, pero pronto se estableció un ayuntamiento en la ciudad de México. Se fundaron varias ciudades en las que se empezaron a construir iglesias, conventos y la sede de los poderes civil y militar. Desde Madrid, se planeaba la Colonia como sociedad de dos polos: el español peninsular y el indígena, pero con los años surgieron el grupo criollo, el mestizo y el negro esclavo.

En 1535, fue nombrado el primer Virrey. El Virreinato subsistió durante toda la colonia. De todo hubo entre los virreyes, pero en general, fueron buenos, algunos óptimos.

Hernán Cortés, había repartido tierras entre sus capitanes y algunos soldados. Los indígenas que vivían en comunidades pudieron disponer de algunas tierras. Los criollos con el tiempo, también heredaron tierras. Los únicos que casi nunca tuvieron tierra en la colonia fueron los mestizos.

Cortés dio a cada uno de sus capitanes en "encomienda" un número más o menos grande de indígenas, tomados principalmente entre los guerreros que habían sido derrotados. Estos indígenas trabajaron en los latifundios y en las minas. De ellas salían los tributos en oro y plata que se pagaban a la Corona. La Real Hacienda cobraba también los impuestos que se enviaban en los galeones a España, sumados a los que provenían de Filipinas.

Pronto se establecieron en la Colonia muchas familias españolas, que dieron consistencia a la civilización hispano-cristiana que se estaba desarrollando. También vinieron artesanos y artistas notables, que poco a poco

llenaron la Colonia de edificaciones extraordinarias, estatuas, parques, jardines y acueductos, sin olvidar las iglesias y los grandes conventos. En esta tarea fueron ayudados por numerosos indios.

Los territorios eran muy vastos, desde California y Texas, en el Norte, hasta la capitanía de Guatemala en Centroamérica.

Surgieron algunas instituciones especiales, como la Inquisición, de la que estaban exentos los indios. En 1525 se creó una jerarquía eclesiástica que empezó con el obispo de Tlaxcala; pronto vinieron los de Puebla, México, Oaxaca, Valladolid —hoy Morelia— San Cristobal, Guadalajara y Yucatán. Se fundó la Escuela de Minas y la Academia de Bellas Artes. Por su parte, Don Vasco de Quiroga, organizó su utopía extraordinaria en Michoacán, entrelazando la evangelización con la promoción de la persona humana, en sus ciudades-hospital.

Muchos fueron los hechos importantes al comienzo de la Colonia:

— En 1531 se apareció en el Tepeyac, la Virgen María la "Madre del verdadero Dios por quien se vive", con extraordinarias consecuencias para la evangelización de México.

— Carlos V envió numerosos contingentes de religiosos, unos dedicados a los indígenas y otros a los peninsulares.

— Se creó la primera imprenta de América y la primera universidad.

— La codicia de algunos españoles los impulsó a buscar mano de obra barata, sobre todo entre los indios, para ello propugnaban por que oficialmente se les declarara irracionales. La injusticia era tan grande que se levantó un clamor en defensa de los naturales. Se libró una fuerte batalla en torno al tópico de la "racionalidad de los indígenas". Los principales luchadores en esta lid fueron Melchor Cano, Vitoria, De la Vega, Suárez, Bartolomé de las Casas, el mismo Vasco de Quiroga, y en general los dominicos. Esto evitó el que los indígenas fueron hechos esclavos y que se les pudiera marcar como animales para su patrón. El Papa Paulo III, en 1537, ordenó la "excomunióin inmediata de todos los que hagan esclavos a los indígenas", sin embargo esta bula fue rechazada por Carlos V.

— Otra situación importante de esa época, que produjo algunos resultados buenos, y otros no tanto, fue el conjunto de privilegios que los Papas otorgaron a los reyes de España: se declaró al rey único primer responsable de la difusión del cristianismo en América. Así el rey decidía a qué misioneros o sacerdotes enviar, presentaba ternas para que Roma escogiera a los obispos, recibía el 10% de los impuestos eclesiásticos, sólo él podía ordenar la construcción de templos y conventos. Además la corona

española se adjudicó el derecho de revisión de las sentencias eclesiásticas y la merced del "pase regio" por el que podía vetar la publicación de los documentos pontificios en sus dominios. La permanencia de estos privilegios durante la Colonia tuvo efectos perniciosos. A fines del siglo XVIII la masonería tuvo gran influencia sobre los reyes de España. Esto entorpeció mucho el nombramiento de obispos para las diócesis de la Nueva España.

Toda la vida de la colonia giraba alrededor de una organización civil, al lado de otra muy bien planeada, la religiosa, con sus correspondientes calendarios de fiestas, en las que todo el mundo participaba alegremente, con música, cohetes y colorines de todas clases.

Los indígenas que vivían en comunidades fueron poco a poco relegados y se fueron remontando a la serranía. No han perdido su identidad, ni algunos aspectos de su cultura y en muchos lugares han conservado celosamente su estructura comunitaria. Su fe en Dios, tan promovida por los misioneros, ha permanecido extraordinariamente arraigada hasta nuestros días a pesar de la poca atención pastoral, probablemente por su vivencia comunitaria. La devoción a la Guadalupana, que promovió la conversión de casi todos los indígenas, se ha conservado viva hasta el día de hoy.

Para concluir queremos hacer notar que España fue la única nación colonizadora que se preguntó si era justo, si era lícito lo que estaba haciendo al colonizar.

No es indiferente el haber sido conquistado por la España católica o por cualquier otro país europeo. La vida cristiana de España tenía características definidas en el momento de la conquista y posterior evangelización y colonización que fueron factores determinantes para la configuración de nuestro perfil de México católico.

1. *La colonia, lugar de revelación*

Son muchos los momentos de la Colonia en los que se ve claramente la mano de Dios, el Señor de la historia:

- La suspensión de los sacrificios humanos y de la poligamia.
- El advenimiento de la plenitud de la Revelación.
- La aceptación del matrimonio con los indios, a los que se considera así como hijos de Dios, que es el origen del mestizaje.

- Las luchas denodadas de los dominicos y otros "conquistadores" por el respeto a la persona humana.
- El esfuerzo por promover la realización de las personas, la cultura.
- La creación de un pueblo con características únicas.

2. *Sugerencias catequísticas*

Que nuestra catequesis promueva actitudes de respeto a la persona humana.

Que potencie el deseo de ayudar al desarrollo de las personas y de promover el autodesarrollo.

Que ayude a tomar conciencia de la existencia de grupos indígenas: de su cultura, de sus problemas y del testimonio de fraternidad que dan en su vivencia comunitaria y favorezca el respeto por todos ellos.

Sobre todo, considerando que el pueblo de México posee características tan originales, importa propugnar una catequesis no copiada de las europeas y otras, sino cuidadosamente adaptada a la idiosincrasia del mexicano, que ayude a la toma de conciencia de los inmensos valores culturales y religiosos de los mexicanos y promueva su acrecentamiento.

III. EL MESTIZAJE

"No fue triunfo ni derrota,
fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo
que es el México de hoy".

Es este un pensamiento lapidario de Agustín Yáñez al describir la rendición de Tenochtitlán.

Estamos acostumbrados a la idea de asociar a México con el concepto de mestizaje. El mestizaje étnico es solamente uno de los varios que se dieron como base de la constitución de nuestra patria. El mestizaje cultural que se produjo por el encuentro de las civilizaciones hispana y azteca es de mucha mayor importancia.

Durante los años inmediatos a la conquista el mestizaje étnico fue muy doloroso porque con frecuencia fue forzado. Esto determinó que tanto la madre como los hijos fueron tratados como de inferior categoría.

Hernán Cortés dio a sus generales en matrimonio a las princesas tlaxcaltecas y desde el principio se produjo la mezcla de razas, con mayor

razón después entre criollos y mestizos. Así el mestizaje se perpetuó a lo largo de la Colonia, ya con familias bien constituidas.

Posteriormente a la pacificación de los indígenas, por donde de Hernán Cortés fue posible traer de España a familias completas. De estas familias nacieron los criollos, que constituyeron otra clase étnica del país.

En la actualidad son pocos los mexicanos que no tienen algún mestizaje étnico. El mestizaje cultural fue universal en México, y fue tan amplio que formó una etnia con características únicas en América Latina; algunas de ellas muy buenas, como el hecho de que exista una aceptación generalizada de unos por otros, sobre todo, en niveles similares de cultura. Nadie rechaza a un médico o abogado indio o mestizo, ni estos a un blanco. Con las personas muy pobres, o de menor cultura, como los indígenas, nos queda mucho por hacer.

La organización de la Colonia se planteó como si siempre hubiesen de existir sólo dos etnias bien definidas: los españoles peninsulares y los indios americanos. En lo político, en lo social y en lo religioso todo caminaba con bastante armonía en esos dos niveles. Pero poco a poco, la realidad rebasó los moldes. La población mestiza, empezó a crecer y a salirse de los carriles trazados. Los mestizos, que pronto fueron muchos, no podían asimilarse ni al grupo español, que los rechazaba, ni a los grupos indígenas, que los consideraban espurios. No les permitían acomodo en los calpulli o comunidades indias.

Para el virrey Don Martín Enríquez había "dos repúblicas" una de españoles y otra "flaca y desvalida" de indios y, al lado de ellos, estaban los mestizos, "gente cuasi india" revoltosa y pleitista... "gente menuda" que vive sin acomodo, fuera de la república de indios y españoles".

La sociedad colonial no tenía respuesta a este fenómeno inesperado, a esta etnia diferente que se colaba por todas partes y que nunca pudo ser bien asimilada ni en lo social ni en lo político y muy poco en lo religioso.

Tanto el mestizaje étnico como también el cultural crearon un nuevo pueblo con características propias, que respondió a su modo a los adelantos culturales que ofrecía la colonia y a los traumas que sufría.

En el aspecto religioso la educación de los mestizos fue muy peculiar. Los indios fueron en general muy bien atendidos por los misioneros. Los españoles y los criollos recibieron atención de otros sacerdotes y religiosos venidos expresamente para ello de España. Pronto se abrieron en la Nueva España seminarios para criollos. Los mestizos no tenían entrada en ellos.

Tampoco podían entrar a ningún convento, a no ser como "donados", como criados. No tenían acceso al sacerdocio ni mucho menos ser superiores de los conventos. Este privilegio no se concedió, en el siglo XVI, ni a los criollos; sólo a peninsulares.

El mestizo no tenía ningún derecho en la vida de la colonia. No era elegible para ningún cargo público: no podía ser juez, ni maestro, ni funcionario de ninguna clase.

En un momento dado deambulaban por las calles de la ciudad bandas de niños mestizos. Nadie los ayudaba. Para subsistir tenían que ingeniárselas robando algunos huevos o frutas. Los colonos españoles llegaron a tenerles miedo. El obispo Zumárraga creó una escuela para recoger a muchos de esos niños vagabundos, y sobre todo a las niñas. También fray Pedro de Gante fundó una escuela para ellos en Texoco, que luego trasladó al convento de San Francisco, en México.

Ya crecidos, los mestizos se veían obligados a aceptar cualquier trabajo. Eso les llevó a desarrollar muchas habilidades a pesar de los traumas psicológicos que sufrían. Muchos de ellos se destacaron como hábiles artesanos, fueron buenos capataces en las haciendas, en las minas y en los obrajes, donde se fabricaban telas de algodón y lana, y en las fábricas de cigarros y loza. Llegaron a ser buenos cocheros, artesanos, arrieros, panaderos. Algunos se distinguieron como administradores y mayordomos.

Juan de Torquemada, en *Monarquía Indiana*, suspiraba diciendo: "¡Ojalá fueran los actuales tan buenos cristianos como buenos paganos eran los naturales!".

Muchos mestizos sufrieron, lo mejor que pudieron, ese estado de cosas. Frente a los españoles tenían complejo de inferioridad, lo que se tradujo en un sentimiento machista con el pretendían demostrar ser tanto como los peninsulares. Así, rechazaban todo lo femenino, como cualquier quehacer doméstico; dejaban a la esposa toda la educación de los hijos; si la esposa iba a la iglesia, ellos nunca se presentaban — "son cosas de viejas", decían —; su actitud general era de menosprecio por las personas del otro sexo.

Por otra parte, aunque se sentían incómodos frente a los españoles, anhelaban mucho los productos superiores que venían de España: de ahí surgió el malinchismo. Consideraban a los indios inferiores y, con mucha frecuencia, trataban de aprovecharse de ellos.

Al lado de las habilidades adquiridas por muchos, surgieron una serie de defectos. Algunos era suspicaces, dominadores, duros o burlescos, indiferentes y fatalistas, flojos y dejados. Como nunca podían desarrollar actividades creativas, porque siempre trabajaban para otros, no tenían el aliciente de la propia obra terminada, bien acabada. Así, se acostumbraron al "ahí se va", a la flojera, a la indiferencia.

Como la remuneración solía ser escasa, ellos se defendían hurtando lo que podían. De los grupos de adolescentes que solían vagar por las ciudades cometiendo tropelías surgió el "peladito": sucio, descuidado y un poco desvergonzado, que aún teniendo a veces posibilidades, no se preocupaba por la limpieza y el decoro. Muchos de ellos no lograron descubrir su identidad y su valía. Muchísimos nunca se aceptaron a sí mismos.

Con obispos españoles y sacerdotes criollos, la formación religiosa de los mestizos no fue óptima. Tampoco fue nula. La religiosidad existente hoy, no surgió de la nada. De algún modo se forjó una religiosidad popular con una fe arraigada, aunque carente con frecuencia de un compromiso auténtico, un poco sacramentalista y con una falta casi total de apoyo comunitario. Esta fe perdura hasta hoy y es muy sólida en la mayoría.

El mestizo de los primeros años no sentía cariño por su patria que lo discriminaba, y mucho menos por la lejana madre patria. Poco a poco fue desarrollado el maravilloso sentido de identidad mestiza mexicana actual.

No se puede terminar este pequeño cuadro del mestizaje sin mencionar el extraordinario papel de la mujer mestiza. Abnegada, muy trabajadora, paciente frente a las faltas de respeto del marido, entregada al cuidado y educación de los niños. Se puede quizá afirmar que a ella se debe en gran parte la conservación de la fe en México.

1. *El mestizaje, lugar de revelación*

Existe una semejanza muy marcada entre la elección por Dios del pueblo de Israel y el de México. Los dos han sido pueblos pequeños, maltratados, humildes, necesitados. Esta elección sólo se explica por la predilección de Dios por los más débiles.

La religiosidad profunda se ha mantenido a pesar de tantas circunstancias adversas. Con elementos tan desproporcionados, Dios se forjó un pueblo que ha de llegar a ser consagrado plenamente a Él, que puede

convertirse en el heraldo de un mensaje universal de fe, de esperanza y de amor.

2. *Elementos para la catequesis*

Haciendo un sumario de todos los elementos psicológicos, sociológicos y religiosos que nos ha sido transmitidos, comprenderemos el por qué de la manera de ser de los mexicanos en general, y podremos hacer una catequesis mucho más realista y adecuada. Podremos responder al reto que significa ayudar a superar algunas actitudes no del todo cristianas que surgieron de esos primeros traumas psicológicos, tan duros. Podremos ayudar a descubrir y consolidar las cualidades que se forjaron durante esos siglos. Podremos hacer que la religiosidad se illustre, que supere algunas posiciones menos evangélicas. En un palabra, contribuiremos a la maduración de una fe de por sí ya arraigada. Todo esto ayudará a promover una mayor coherencia entre la fe y la vida.

A este pueblo mestizo que ha ido evolucionando con rapidez hay que ayudarle a descubrir sus grandes capacidades, sus inmensas riquezas étnicas y culturales heredadas, para desarrollarlas y plenificar así esa maravillosa imagen de Dios que lleva en su ser. Hay que facilitarle la toma de conciencia del gran valor que significa la fe profunda que por gracia de Dios posee. Hay que posibilitar que abra los ojos para que encuentre y acepte su identidad, tan valiosa como la que más, para lanzarse al futuro esforzadamente. Que comprenda que la fe se vive más plenamente en alguna forma de comunidad.

IV. PRIMERA EVANGELIZACIÓN

Al descubrirse y conquistarse América en 1492, España era la más moderna de las naciones europeas, aun considerando que apenas estaba saliendo del mundo medieval.

Al finalizar del siglo xv el Papa Alejandro VI dividió las nuevas tierras descubiertas en dos partes, asignando a España en forma de "donación apostólica" todo lo que estaba situado a más de cien leguas al poniente del meridiano en las Islas Azores. El fin de la donación pretendía excluir de nuevos descubrimientos a los príncipes no españoles, reservándoselos a los

Reyes Católicos, que se mostraban animados de los "santos propósitos de evangelización".

Cumpliendo la encomienda que les hiciera el Papa, los Reyes Católicos trataron de, por todos los medios a su alcance, promover la evangelización de los naturales de las Islas y de Tierra Firme, y lo mismo hicieron Carlos V y Felipe II en el siglo XVI. En cuanto a México se refiere la promovieron, cada uno a su manera, Hernán Cortés y sus soldados, los celosos misioneros y después la Iglesia organizada.

Una de las características de la evangelización de México, fue estar basada en la religiosidad popular de los conquistadores, que nos trajeron la devoción a la cruz, a Cristo crucificado y la devoción mariana, todo ello con una fe robusta pero poco ilustrada. Hernán Cortés fue el primer evangelizador laico de México.

Una de las principales intenciones al conquistar las tierras era la de convertir a los naturales a la fe católica, como se percibe en las acciones de Cortés. El primer encuentro de Cortés con los naturales fue en 1519 en la Isla de Cozumel. "Informó a los indígenas lo mejor que él supo en la fe católica, y les dejó una cruz de palo puesta en una casa alta, y una imagen de Nuestra Señora la Virgen María, y les dio a entender muy cumplidamente lo que debían hacer para ser buenos cristianos, y ellos mostrándolo que recibían todo de muy buena voluntad, y así quedaron muy alegres y contentos".

La conducta "oficial" del español siempre dio al Señor su lugar. Cortés, por ejemplo, lo primero que le dijo a Moctezuma al encontrarlo en Tenochtitlán fue: "Te traigo la visión de un Dios Todopoderoso".

En la proclama de Cortés a sus soldados les dice: "Exhorto y ruego a todos los españoles que en mi compañía fueren... que su principal motivo e intención sea apartar y desarraigar de las idolatrías a todos los naturales destas partes... y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica".

Los indígenas estaban acostumbrados a una relación estrecha entre el poder político y su religión. La nueva doctrina, tal como les era presentada, daba la misma importancia a esa vinculación. Este fue un factor psicológico que favoreció la aceptación del cristianismo por parte de los naturales. Muchos indígenas, acostumbrados a la obediencia ciega, aceptaron este estado de cosas. Sin embargo no faltó quien se rebeló pasiva o violentamente al identificar el cristianismo con el poder político. Era la religión del conquistador.

¿Cómo se operaba la evangelización antes de la llegada de los misioneros? A la manera militar, naturalmente. Para Cortés y sus soldados la fórmula era única y sencilla: el indígena se tiene que salvar siendo cristiano; aquí estamos nosotros para hacerlo cristiano. Paso primero, que sean súbditos del rey que tiene derecho a gobernarlos con la espada a fin de que Cristo los gobierne con la cruz. Cortés leía en español, ante un notario, el edicto de Carlos V a los indígenas. Era perentorio: o se convertían en súbditos y bautizados o "certifico que con la ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas partes y maneras que yo pudiere y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y sus Altezas y tomaré vuestras personas, y de vuestras mujeres y vuestros hijos haré esclavos..." En general, todos los jefes entrevistados, aun sin entender nada, aparentaban aceptar el cristianismo.

Tanto los tlaxcaltecas como los texcocanos admitieron muy pronto la religión de los conquistadores. Los sacerdotes impartían el bautismo tras una ligera instrucción. Motolinía afirma que en Tlaxcala se contaron, en un momento dado, cerca de quinientos bautizos semanales.

Todavía se conserva en la primera capilla de lo que después fue el convento de Ocotlán, cerca de Tlaxcala, la fuente donde fueron bautizados los principales caciques tlaxcaltecas, "siendo sus padrinos don Hernán Cortés, don Pedro de Alvarado, don Cristobal de Olid..." Existe también la gran placa conmemorativa de este evento. Los caciques dieron después a sus hijas en matrimonio a los capitanes de Cortés. Esto determinó al principio la recepción acelerada de un bautismo sin previo catecumenado y sin ningún seguimiento posterior. Cortés y sus soldados eran buenos cristianos, y aun fervorosos —rezaban el oficio parvo—, pero se hallaban perfectamente ignorantes de los procesos de catecumando y de vivencia comunitaria cristiana preparatorios a la recepción del sacramento del bautismo.

En 1519 llegó con Hernán Cortés el primer religioso mercedario, fray Bartolomé de Olmedo; en 1521 había otros tres misioneros mercedarios. En 1523 desembarcaron en tierras de México los tres primeros franciscanos, entre ellos fray Pedro de Gante. Pedro de Gante inició su labor evangelizadora prácticamente solo. Se encerró en Texcoco y se dedicó a aprender la lengua náhuatl, logrando alfabetizarla. En 1524 arribó a la Nueva España la primera misión franciscana. Entre esos doce misioneros llegaron hombres excepcionales: fray Martín de Valencia, fray Martín de la Coruña, fray Toribio de Benavente, "Motolinía". Estos primeros misio-

neros vinieron a México por petición expresa de Hernán Cortés a Carlos V. En una de sus *Cartas de Relación* pide al Emperador "que le envíe religiosos, con la advertencia de que no los quiere buenos, porque los necesita santos". Y Carlos V le envió santos y sabios.

En 1526 llegaron a Nueva España los primeros dominicos. Era dominico Bartolomé de las Casas, el gran defensor de los derechos humanos, como lo fue el otro dominico, fray Antonio de Montesinos de Santo Domingo. Los agustinos llegaron en 1533, y pocos años más tarde, los jesuitas. Un recuento de 1559 indica que hacia esa época había en toda la Nueva España 380 franciscanos en 80 casas, 210 dominicos en 40 casas, 212 agustinos en 40 casas.

Para lograr su empeño, los evangelizadores tuvieron que superar enormes obstáculos, como lo hicieron el beato Junípero Serra y Eusebio Kino, o emprender obras inmensas que aún perduran, como Vasco de Quiroga.

Teniendo en cuenta las diferentes culturas que se proponían evangelizar los franciscanos se especializan en el estudio del náhuatl y del tarasco, los dominicos aprenden el mixteco, el zapoteca y el chontal, además del otomí y el pirindal. Los agustinos dominan el náhuatl, el otomí, el tarasco, el huasteco, el matlaltzinca, el totonaca, el mixteco, el tlapaneca y el ocuiteca. A estos insignes misioneros se les puede asignar con toda propiedad el nombre de "Padres de la Iglesia Mexicana".

El Papa Adriano VI en 1523 dio amplias facultades a los misioneros para una evangelización inculturada. En su bula "Omnimoda" los constituye los genuinos y primeros misioneros, encargados de la conversión de los indígenas y del establecimiento de la Iglesia. Esto significó para ellos una gran libertad de decisión y de acción, y la aprovecharon muy hábilmente adecuados ritos y devociones a la idiosincrasia de los mexicanos.

Fray Pedro de Gante preparó en 1524 lo que podríamos llamar el primer catecismo ilustrado. Consistía en un librito de 66 páginas en el que presentaba la doctrina cristiana en forma de códice, con dibujos de colores. Sus catequistas hacían copias de él y con ellas explicaban la doctrina a los indígenas. Se conservaron algunos ejemplares. Los franciscanos solían usar este catecismo de fray Pedro de Gante. Los agustinos tenían un texto propio y más tarde los jesuitas usaron el Ripalda y el Astete.

En general, el uso de esos catecismos suponía el aprendizaje de memoria de los textos siguientes: La señal de la cruz, el credo, el padrenuestro, el avemaría, la salve y los artículos de la fe. Había luego una serie de listas que debían recitar "al dedillo": Los mandamientos de la ley de Dios.

y de la Iglesia, los sacramentos, las obras de misericordia, las virtudes teologales y las morales, los pecados capitales, los dones y los frutos del Espíritu Santo. Algunos añadían explicaciones sobre el pecado mortal y el venial, las dotes del cuerpo glorificado y los enemigos del alma, la manera de confesarse y los deberes de los padrinos.

En la actualidad podemos considerar que esta forma memorística de presentar el mensaje cristiano está totalmente obsoleta, pero los primeros misioneros tenían otras muchas maneras para promover la maduración de la fe de los indígenas: utilizaban el teatro, crearon las pastorelas, organizaban representaciones de la pasión y del nacimiento de Jesús, en las fiestas promovían danzas y cantos en honor de los santos patronos del pueblo o de la parroquia. Los sermones completaban la "instrucción" religiosa de los indios.

Todo esto se empleaba a nivel popular. Para los más cultos, los "Doce" prepararon otro plan: una vez establecidos en la ciudad de México, se pusieron a deliberar sobre el método de evangelización que habrían de aplicar. Era un plan para "orientar su labor en desarraigar la idolatría y propagar la fe". A esto llamaron ellos "los Coloquios".

Estos Coloquios estaban realizados en forma de pregunta y respuesta y escritos en castellano. Montolinía dejó una síntesis de ellos: "Lo primero que fue menester decirles fue darles a entender que Dios es Uno, Todopoderoso, sin principio ni fin, Creador de todas las cosas visibles e invisibles, y las conserva y da ser... y luego también darles a entender quién era Santa María... por qué a Dios y a las imágenes que veían llamaban Santa María... Presentar la inmortalidad del alma... y quién era el demonio... y cómo los traía engañados". Los Coloquios versaban sobre muchas otras cosas: la persona del Papa, la revelación, Cristo, Dios y Hombre verdadero, la Iglesia, la conversión y el bautismo, la creación y el hombre. Esto es sólo un extracto del resumen de Motolinía, pero el contenido total es mucho más amplio.

Como los indígenas usaban de "pintura" para transmitir sus historias, los misioneros, aun antes de conocer las lenguas, comenzaron a predicar valiéndose de imágenes.

Los esfuerzos de los misioneros se centraron además en la traducción a las lenguas indígenas de pasajes de los evangelios, de algunas oraciones, de vidas de santos y otras lecturas ejemplares. Se complementaban con la impresión de obras en lenguas aborígenes: catecismos, traducciones del evangelio, de las epístolas, vidas de santos. Para hacer todo ello, fue

necesario tener intérpretes. Los buscaron entre los pequeños niños españoles que compartían sus juegos con sus amigos indígenas. Los frailes inventaron métodos de aprendizaje. Se ponían ellos mismos a jugar con los niños indígenas y a anotar las expresiones y fonemas. Después, reunidos por la noche ponían en común lo encontrado por cada uno y al siguiente día lo comprobaban. Otros de sus procedimientos para evangelizar fue la educación sistemática de los hijos de jefes indígenas: "pues convertidos los mayores de la república, cosa fácil es convertir a la gente común". Estos niños fueron agentes eficaces para la promoción del apostolado y con el tiempo, una terrible arma ofensiva, no siempre correcta, contra la religión y tradiciones prehispánicas.

Siendo Pedro de Alvarado capitán general de Guatemala, maltrataba con crueldad a los indios y aun a los españoles, pero no había podido vencer en varios ataques sangrientos a los indígenas de Teziutlán. A causa de ello, ningún blanco podía entrar en sus territorios sin ser atacado, ni aun los misioneros. Pero los dominicos encontraron una fórmula para comunicarse con ellos: compusieron una serie de cantos en lengua maya para que los indios mercaderes ya bautizados, que sí entraban a Teziutlán a vender sus mercancías, los cantaran en "lao tianguis". Como los teziutecos quisieron conocer más de aquellos cantos nuevos en su lengua, permitieron que los frailes, y sólo ellos, entraran en sus lugares... Los indígenas se convirtieron. Teziutlán significa Tierras de Guerra. Ahora esa región de Guatemala se llama Verapaz.

La labor de fray Bernardino de Sahagún fue ejemplar. Dedicó su vida en Nueva España a estudiar la historia y costumbres de los indígenas. Sahagún pensaba lo siguiente: el médico no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo sin que primero conozca de qué humor o de qué causa procede la enfermedad... Los predicadores son médicos de las ánimas. Conviene que tengan experiencia de las enfermedades espirituales".

Pero probablemente la forma más eficiente de la pastoral de los misioneros fue la catequesis sacramental. Los agustinos preparaban muy seriamente a la recepción del bautismo: los catecúmenos llegaban a la Iglesia en procesión vestidos de blanco, todo el pueblo les esperaba a las puertas de la Iglesia y entraba con ellos, al terminar el bautismo se echaban las campanas al vuelo. Con anterioridad, habían sido adornadas las calles. El día del bautismo era realmente una gran fiesta para todo el pueblo, con

bailes y danzas y mucha música. Era también una buen recordatorio para todos de sus compromisos bautismales.

Para el sacramento de la penitencia, que solían recibir frecuentemente, había una preparación especial. Los que tenían pecados leves se reunían para un acto penitencial y recibían la absolución. A los que tenían pecados graves se les hacía examen doctrinal, y si lo pasaban, entraban al templo y después de una preparación cuidadosa se acercaban a confesar y recibir la absolución y la penitencia.

Para la comunión, que se promovía semanalmente, tenían que presentarse la víspera para prepararse a la comunión del día siguiente. Se les recordaba el ayuno eucarístico. Asistían a la Eucaristía y comulgaban con mucho fervor, cantando el "Cordero de Dios". "Lo referente a la comunión era lo que con más fervor predicaban y con más cuidado enseñaban".

Esta catequesis sacramental ayudó poderosamente a la maduración de la fe de los indígenas a lo largo de todo lo que puede llamarse la "primera evangelización". Pero lo que más influyó, en profundidad y en extensión, lo que preparó el terreno y consolidó el resultado de tantos esfuerzos en esta primera etapa de la evangelización de México fue el "Acontecimiento Guadalupano". El amor, el cariño, el respeto de María por Juan Diego y por todo el pueblo conquistaron la voluntad de aquel pueblo afligido y maltratado, les ganaron el corazón y la voluntad... y hasta el día de hoy.

1. *Lugares de la revelación*

Son muchos y muy claros los lugares de revelación durante la primera evangelización de México:

– El gran empeño que tenían el papa, los reyes de España, Hernán Cortés y muchos de los conquistadores por extender el conocimiento del evangelio y la fe católica.

– La entereza de los misioneros, que dejaron sus comodidades por ir a evangelizar, a pesar de las dificultades del viaje, la lengua, el clima y las privaciones que tenían que sufrir.

– La habilidad de los primeros evangelizadores para responder a las nuevas situaciones, para inventar nuevos métodos, empezando por la redacción de las gramáticas.

– El haber plasmado "los Doce", en los Coloquios, un contenido catequístico tan bien estructurado.

– La adaptación que hicieron a las formas de vivir, de aprender de los indígenas, una verdadera inculturación.

– Su testimonio de amor y de cariño por los indígenas, su respeto por la persona humana.

– La lucha decidida, inteligente, de muchos de ellos para defender a los indios de algunos encomenderos voraces.

– Su empeño por lograr una evangelización integral, que abarcara a toda la persona, sus anhelos, sus necesidades, no sólo las espirituales.

– Las apariciones de Santa María de Guadalupe que produjeron el florecimiento extraordinario de conversión entre los naturales.

– La rápida y funcional organización de la Iglesia, con sus seminarios, parroquias y diócesis.

– El anhelo de Dios de que los indígenas estaban saturados. El historiador franciscano Mendieta nos dice: "Puedese afirmar que en el mundo no se ha descubierto nación o generación de gente más dispuesta y aparejada para salvar su ánima –siendo ayudados para ello– que los indios de la Nueva España".

Esta extraordinaria gesta de los primeros evangelizadores para llevar la revelación cristiana a los indígenas de México no fue otra cosa que la respuesta de Dios a su búsqueda incesante del Ser Supremo.

2. *Aplicaciones catequísticas*

La catequesis de los primeros evangelizadores nos trazan pistas extraordinarias, que a la vez son para nosotros –los catequistas– grandes retos, grandes exigencias. Ante todo, nos hace descubrir que la evangelización, la catequesis, no es un juego de niños; es algo muy serio e importante, a lo que hay que dar toda la atención y cuidado... y aún si es posible, dedicarle la vida entera.

Nos está pidiendo una comunidad cristiana preocupada por la evangelización: los laicos para presentarla; los sacerdotes y religiosos para asesorarlos, apoyarlos, prepararlos; los obispos para promoverla asiduamente, siendo ellos los primeros responsables: todos evangelizados, todos evangelizadores. La catequesis ha de ser impartida por catequistas convencidos, bien formados, activos, sacrificados, verdaderos inventores de métodos y sistemas modernos, con una preocupación constante por la comunicación, porque el Mensaje sea recibido y produzca su efecto:

cambio de actitudes, cambio de corazón y de vida, es decir, conversión... a Dios... al prójimo.

Tiene que ser una catequesis bien planeada: con finalidades, objetivos a corto y a largo plazo, visión de la realidad, marco de referencia, políticas, estrategias, evaluaciones periódicas. Con un contenido básico, el perenne: el Dios vivo; Cristo, Dios y hombre, el Salvador; el Espíritu Santo. Ha de presentar, también, a la Madre de Dios. Luego, el plan salvífico de Dios y la historia de la Salvación, y la Iglesia como lugar de salvación. Ha de mostrar claramente en qué consiste la salvación y presentar la verdad sobre el hombre. Las fuentes de esa catequesis deben ser la Sagrada Escritura, la Tradición viva de la Iglesia, el Magisterio.

El contenido debe ser presentado de forma jerarquizada, priorizando lo esencial, y gradual, adecuada a las distintas edades y capacidades de los catequizandos. La catequesis tiene que partir de la realidad de los destinatarios iluminada por la Palabra de Dios. Ha de ser una catequesis adaptada a la idiosincrasia del mexicano de hoy: el hombre de hoy, el del cambio, el de la comunicación electrónica, el que sufre tantas carencias en tantos aspectos, pero que está ávido del conocimiento de la Palabra de Dios; utilizar una metodología actualizada, que sepa tener en cuenta la psicología, la antropología, la sociología, las técnicas de la comunicación.

Deberá ser una catequesis que considere los conocimientos como medios muy importantes pero que nunca se tomen como fines. —el medio "aprender" ha de suplantar al fin "educar en la fe". Por desgracia, dejándose llevar por la inercia, muchos han tomado como fin de la catequesis el que se aprendan nociones doctrinales. Una catequesis que sepa utilizar una metodología moderna, dando prioridad a dinámicas más participativas, como las representaciones teatrales, pastorelas, elaboración de periódicos murales, coros hablados, dibujos explicados, sonoramas... y todo lo que promueva la actividad y el diálogo. Se debe procurar superar totalmente la memorización y la verborrea, usando métodos inductivos siempre que sea posible. Una catequesis que favorezca la comunicación con Dios a través de la oración: alabanza, acción de gracias, petición de perdón...

La catequesis sacramental deberá tener en cuenta sus dos momentos fuertes: el de la preparación a la recepción del sacramento y el de la catequesis misma inherente al acto, a los signos sacramentales, especialmente el bautismo y la eucaristía.

A su debido tiempo habrá que pensar en el redescubrimiento reciente de que la vida cristiana no puede florecer plenamente sino es en alguna forma de comunidad... comunidad de fe: en esa comunidad de comunidades que es la Iglesia organizada. Habrá que mirar con frecuencia a la catequesis maravillosa de María de Guadalupe. Hay mucho que aprender de la forma de evangelización de la Madre de Dios.

En resumen, por el conocimiento de Dios, de Cristo y de su plan de Salvación, la catequesis propiciará siempre el encuentro con Dios. Cada sesión propiciará una auténtica experiencia de Dios.

V. EL ACONTECIMIENTO GUADALUPANO

"Diez años después de tomada la ciudad de Tenochtitlán se acabó la flecha y el escudo" se acabó la guerra. Esta era la situación en aquel diciembre de 1531.

Ya todo estaba en paz. Pero para los vencidos nahuas era una paz traumática, que implicaba una terrible sensación de fracaso total, de impotencia ante la destrucción irremediable de su gobierno, de su organización como pueblo, de su religión, de su cultura, de su identidad.

Esta situación dolorosa suponía la aceptación de la nueva religión, sin entusiasmo, sin convicción profunda. Se aceptaba bajo presión política, psicológica, o social... y a veces impuesta por amenazas. Se asistía a la doctrina por obligación, auditorio cautivo: se pasaba lista de presentes, "la cuenta", que dirigía Juan Diego.

Para convencer a los indios se les quería demostrar que puesto que sus dioses no los habían podido defender, y ellos mismos habían sido vencidos, la superioridad del Dios de los cristianos era evidente.

Pero Dios, que velaba por su pueblo, mandó a María a consolarlo.

La llamada de María era la misma que la de los españoles. Invitaba a convertirse a Dios, a encontrarse con Él. Pero la forma de hacerlo era muy distinta: estaba ofrecido con amor, con cariño, con respeto, con reconocimiento de la dignidad y de las capacidades de los invitados, en total libertad. La evangelización de María fue, y sigue siendo, diferente: la evangelización del amor, que lleva a la fe y a la esperanza.

Juan Diego, ya bautizado, va a la doctrina. María le sale al paso, le saluda con respeto, le habla con cariño y hasta con reverencia: "Oyó su palabra muy blanda y cortés, como de quien atrae y estima mucho".

Después Marfa le presenta sus credenciales: es "la siempre Virgen Santa Marfa, la Madre del verdadero Dios por quien se vive..." del Dios que los nahuas tenían colocado en el centro de sus vidas; le habla en náhuatl de ese Dios, con los nombres que ellos le daban: "El verdaderísimo Dios, el Dios de gran Verdad; el Dios por quien se vive, el que nos da la vida; el inventor de los hombres, el que piensa a los hombres; el Dios del Cerca y del Junto, cabe Quien están todas las cosas. También lo nombra el Señor del cielo y de la tierra, el Soberano del Universo". Así era para ella Ometéotl. Para el contenido de su evangelización Marfa va a lo esencial.

Juan Diego la dice que ella es la Madre de ese Dios, que ese Dios es su Hijo ¡Vaya credenciales! ¡Vaya presentación de su Hijo! La Señora le ruega que vaya al obispo para que le construya un templo. No le pide que él promueva la construcción. En ese templo "quiero mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo *soy la Madre piadosa de todos ustedes*. Ese amor, compasión, auxilio y defensa los quiero dar a ti y a *todos los moradores de estas tierras...* y a todos los que me amen y me invoquen y confíen de mí. Para oír sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores".

Así, esa soberana Madre de Dios se presenta también como la Madre de los mexicanos. ¡Qué espléndido puente tiende Marfa para el diálogo con sus hijos mexicanos.

El P. Mario Rojas traduce este párrafo del Nican Mopohua de la siguiente manera: "Quiero que se me levante mi casita sagrada, en donde lo mostraré (a Dios) lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto, lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio y mi salvación".

Juan Diego está feliz. La Señora le ha hecho sentirse importante, le ha confiado una gran responsabilidad. Él se compromete a llevar el mensaje de inmediato, y así lo hace, con gusto, con alegría. Pero al llegar a la casa del obispo su situación cambia totalmente. Le recuerdan su triste situación: pertenece al pueblo de los vencidos; no es digno de crédito. Se le hace esperar. "El obispo me recibió benignamente y me oyó con atención... pero me pareció que no lo tuvo por cierto: Otra vez vendrás y te oíré más despacio... me dijo. Comprendí que piensa que quizá es invención mía..."

Le han hecho perder a Juan Diego toda su autoestima. Por eso dice a la Señora: "Te ruego que mandes a otro... respetado y estimado... y le encargues tu mensaje, para que le crean, porque yo soy un hombrecillo,

soy un mecatito, una escalerita de tablas, soy cola, soy hoja, soy gente menuda".

Si no hubiera sido por Marfa, la decisión posterior de Juan Diego hubiera sido la de no volver a encontrarse nunca con estas personas, ni quizá con el Evangelio. Pero Marfa le devuelve totalmente la confianza en sí mismo y en sus capacidades para ser el eficiente embajador de la Señora, la Reina del Cielo. Le dice: "Oye, hijo mío, el más pequeño, ten entendido que son muchos mis servidores... pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes y que con tu mediación se cumpla mi voluntad... Mucho te ruego hijo mío... y con rigor te mando que vayas mañana a ver al obispo. Hazle saber por entero mi voluntad: que tiene que poner por obra el templo que le pido. Y otra vez dile que Yo en persona, la siempre Virgen Santa Marfa, Madre de Dios, te envía".

"Señora y niña mía —contesta Juan Diego— de muy buena gana iré a cumplir tu mandato. De ninguna manera dejaré de hacerlo, ni tengo por penoso el camino. Iré a hacer tu voluntad". Al volver a casa Juan Diego se topa con otro problema pero se enfrenta a él con entereza y buen juicio, Juan Bernardito está moribundo y él pospone su compromiso con la Señora para atender al tío. Le lleva a un médico y va a Tlatelolco a buscarle un sacerdote. En el camino a Tlatelolco la Señora sale al encuentro y, no sólo no le reprocha su actitud, sino que le soluciona el problema: "Es nada lo que te asusta y aflige, no se turbe tu corazón; no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester...? Puedes estar seguro de que tu tío ya sanó..."

Juan Diego cree de inmediato en el milagro, en la curación del tío, y su cambio es total. Recupera su autoestima y su entereza. Lleva la señal al obispo, y así completa su misión con buen éxito. El obispo y toda la curia se convierten y la noticia, cunde de boca en boca, de pueblo en pueblo. *Se inicia la conversación profunda del pueblo mexicano.*

Cronología de Juan Diego:

Juan Diego nació en 1474 en Cuautitlán. Se llamaba Cuauhtlatoatzin (El que habla como águila). Algunos historiadores creen que era descendiente de Netzahualcóyotl.

Fue bautizado con su esposa María Lucía en 1524. Asistía a la catequesis del sábado en Tlatelolco, a 16 Km. de Cuautitlán, y solía repetir en su comunidad la doctrina aprendida.

En 1529 falleció su esposa.

En 1531, *el sábado 9 de diciembre*, Juan Diego iba a la doctrina semanal cuando se le apareció la Madre de Dios en el Tepeyac. La Señora se presenta como la Madre de Dios y le envía a pedir al obispo que la construya un templo (*primera aparición*). Se mismo día regresa Juan Diego a dar a la Señora la noticia de su fracaso. Le pide que escoja otro mensajero más digno, pero ella insiste en que sea él mismo el embajador (*segunda aparición*).

El *día 10, domingo*, Juan Diego va a misa a Tlatelolco, pasa la cuenta y se entrevista después con el obispo. Éste le pide una señal y manda a sus servidores que lo vigilen, pero estos le pierden de vista. Mientras tanto Juan Diego da cuenta a la Señora del resultado de su embajada (*tercera aparición*).

El *día 11, lunes*, estando su tío Juan Bernardino muy enfermo, Juan emplea su tiempo en buscarle un médico.

El *día 12, martes*, Bernardino estaba tan grave que Juan Diego va a buscarle un sacerdote para que lo prepare a bien morir. Al pasar por el Tepeyac, busca otro camino para no toparse con la Señora, pero Ella le sale al paso, le hace saber que su tío ya sanó. Juan Diego ruega a la Señora que le de la señal requerida y lo mande pronto a ver al obispo. La Señora lo manda a la cumbre del cerrito donde hay rosas, la señal que pedía el obispo. Juan Diego sube a cortarlas. Ella las toma en sus manos, las devuelve a la tilma y Juan Diego parte de inmediato a presentarlas al obispo (*cuarta aparición*).

Tras larga espera, presenta las rosas al Señor Zumárraga y todos admiran la imagen de María en la tilma de Juan. El señor obispo coloca la imagen en su oratorio. Van a casa de Juan Bernardino y le encuentran sano.

La Señora ha dado su nombre, dijo llamarse María Tecuauhazupeyh (La que viene volando de la luz, como águila de fuego). Los españoles no podían pronunciarlo y lo simplificaron como "María de Guadalupe".

Pronto se construyó el templo que pedía la Señora, y Juan Diego dedicó 17 años a su servicio, hasta su muerte. Cuando se le apareció la Señora, Juan Diego tenía 57 años.

En 1544 murió el tío Bernardino. En junio de 1548 murió el señor Zumárraga. Ese mismo año murió Juan Diego. Tenía 74 años.

Más tarde se instruyó la causa de beatificación de Juan Diego; fue beatificado por el Papa Juan Pablo II durante su segunda visita a México.

Nota: Una lectura meditada del Nican Mopohua con los atinados comentarios de los padres Siller, Guerrero, Rojas y Carrillo Alday ayudará a descubrir la enorme riqueza del método de evangelización de Marfa de Guadalupe.

1. *Lugares de revelación*

Son lugares de revelación:

– La aparición misma de Marfa: es la divinidad quien, por medio de la Madre de Dios, se acerca al pueblo afligido.

– La forma como Marfa se presenta, con tanto amor y benevolencia.

– la elección que hace de un pobre: lo hace su embajador, cree en él, le da toda su confianza.

– La forma tan delicada de los diálogos entre Marfa y Juan Diego, que nos muestra la finura del trato humano entre los nahuas y la adaptación total de Marfa a su forma de relacionarse.

– El nuevo método de evangelización que presenta Marfa, tan respetuoso de la dignidad de los destinatarios, tan psicológicamente adaptado a su idiosincrasia.

– La esencia liberadora del mensaje: liberación del miedo, de la enfermedad, de la inseguridad, de la opresión.

– El ser un mensaje que promueve alegría, seguridad, respeto, amor, admiración, autoestima.

– El contenido de la evangelización, tan sencillo y fácil de captar, pero tan profundo: lleva a Dios, lleva a Jesucristo. Marfa quiere un templo para en él mostrar y dar gracias a Dios, a Jesús con todo su amor. Quiere oír los lamentos, remediar las miserias.

– La inculturación total del mensaje, en cuanto al idioma, sensibilidad, necesidades, anhelos de los mexicanos y su universo simbólico: flores, cantos y muchas otras cosas, que a Juan Diego le comunicaban realidades importantes.

– La fuerza unificadora del mensaje guadalupano, que logró aglutinar tantos elementos dispares para la formación de un gran pueblo.

– La insistente petición al obispo para que construya el templo, clara referencia a la necesidad de la mediación de la Iglesia organizada.

– La visión segura de que todos los hombres tenemos el mismo valor ante Dios, y también de la preferencia que Él tiene por el pobre.

– La respuesta existencial de Juan Diego, hombre de fe: Marfa le dijo ser la Madre del Dios verdadero... y Juan creyó. Le pidió que subiera al cerro a cortar rosas... y Juan subió. Le afirmó que el tío ya había sanado y de inmediato él lo tuvo por cierto. Él confió plenamente en el buen éxito de la embajada que la Señora le encargó, a pesar de mil dificultades. Es preciso reconocerle además:

* Su diligencia por conocer "las cosas de Dios" superando la molestia de la lejanía.

* Su obediencia a la voluntad de Dios mostrada por Marfa.

* Su entereza en cumplir el deber a pesar de graves contradicciones.

* Su actitud de servicio esmerado para atender a su tío enfermo.

* Su paciencia y humildad al esperar de pie por largo tiempo a que los servidores del obispo le hicieran caso.

* Su delicadeza y perdón, que se descubren cuando a pesar de haber sido considerado como un incapaz, dijo a Marfa: "El obispo me recibió bien y me oyó con atención, pero..."

2. *Aplicaciones catequísticas*

Marfa nos ha legado una visión clara de la evangelización que conviene a México. Un camino perfecto para nuestra catequesis es el de Marfa en el Tepeyac. Ella maneja ágilmente la teología y la catequética, usa una fina psicología y hace gala de su antropología y sociología. Es la perfecta discípula de su Hijo Jesús: evangeliza al mismo tiempo que cura las enfermedades.

La catequesis ha de dar a conocer a Dios, ponerlo en el centro de cada sesión catequística: una experiencia de Dios en cada sesión. Tiene que ser una catequesis cristocéntrica.

Nuestra catequesis debe dar a Marfa su lugar como Madre de Dios y bondadosa madre nuestra.

Como la de Marfa, nuestra catequesis ha de partir de la realidad. La Buena Nueva ha de ser proclamada a los pobres para ayudarles a descubrir su valor, su dignidad. Ha de promover el encuentro con el otro, el

prójimo, con todos sus valores; desarrollar una actitud de amor y de servicio.

Otro de los empeños de nuestra catequesis será el de ayudar a descubrir la calidad extraordinaria de los indígenas que nos precedieron, reconocer y admirar su habilidad de constructores, su excelente organización comunitaria y su profunda fe en Dios. Promover por todos los medios posibles el que se traduzca en hechos concretos el respeto, amor y apoyo a nuestros hermanos indígenas, a sus personas y a su cultura.

El lenguaje empleado ha de ser el de los destinatarios, para suscitar un diálogo fecundo, una comunicación eficiente.

Nuestra catequesis ha de promover el cambio hacia una liberación... verdadera autoliberación de complejos, de miedos, de ignorancias, de opresiones y de todo lo que destruye a la persona humana. Ha de impulsar a lanzarse a una lucha por la autorrealización personal, para llegar a vivir en plenitud la vida de hijos de Dios.

Ha de ser una catequesis que propugne por la formación de comunidades de fe, de amor, de servicio mutuo. Una catequesis que promueva una relación adecuada entre los distintos grupos que integran el pueblo de Dios: pastores y fieles, laicos, sacerdotes, religiosos. Una catequesis impartida por catequistas llenos de amor, respeto, diligencia y dedicación.

Una catequesis, en fin, que promueva el conocimiento de las apariciones de la Madre de Dios a Juan Diego, con todos sus finos detalles. Juan Diego puede ser presentado en nuestra catequesis como un verdadero modelo de vida cristiana.

Los catequistas tenemos en el "Acontecimiento Guadalupano" un paradigma para nuestros trabajos de evangelización.

BIBLIOGRAFÍA

Album conmemorativo del 450 aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe (México, Ediciones Buena Nueva, 1981).

C. Alvear Acevedo, *Historia de México. Épocas precortesiana, colonial e independiente* (México, Jus, 1964).

F. Botey, *La Iglesia de México en sus orígenes* ((Quétaro 1988).

J. Bravo Ugarte, *Compendio de historia de México* (México, Jus, ¹²1984).

S. Carrillo Alday, *El mensaje teológico de Guadalupe* (México, Instituto de Sagrada Escritura, ⁵1982).

- B. de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Mérida, Dante, 1988).
- A. Caso, *El pueblo del sol* (México, Fondo de Cultura Económica, 1978).
- F. J. Clavijero, *Historia antigua de México* (México, Porrúa, 1945).
- Conferencia del Episcopado Mexicano, *La presencia de Santa María de Guadalupe y el compromiso evangelizador de nuestra fe* (México, Paulinas, 1981).
- Commemoración guadalupana. Conmemoración Arquidiocesana 450 años* (México 1984).
- M. A. Corona Hernández, *Los inicios de la evangelización en México (Los Doce y sus coloquios)* (México, Pontificia Universidad Gregoriana, 1986).
- H. Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México* (Madrid, Espasa Calpe, 1970).
- D. Cosío Villegas et al, *Historia general de México*, 2 tomos (México, El Colegio de México, 1986).
- M. Cuevas, *Album histórico guadalupano del IV Centenario* (México, Escuela Tipográfica Salesiana, 1930).
- B. Díaz del Castillo, *Historia de la conquista de la Nueva España* (México, Porrúa, 1986).
- Diccionario de la lengua náhuatl.*
- J. L. Guerrero, *Flor y canto del nacimiento de México* (México 1980).
- Historia del siervo de Dios Juan Diego* (México, Centro de Estudios Guadalupanos, A.C.).
- G. Kluber, *Arquitectura colonial mexicana* (México, Fondo de Cultura Económica).
- M. León-Portilla, *La filosofía náhuatl* (México, UNAM, 1979).
- M. León-Portilla et al, *Historia de México*, 12 tomos (México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1978).
- E. Llinas Álvarez, *Revolución, educación y mexicanidad. Siglo XVI. La búsqueda de la identidad nacional* (México, UNAM, 1979).
- L. Luna / G. García Angulo, *El plan de Dios* (México 1981).
- L. Luna / G. García Angulo, *Tepeyac, un diálogo de amor* (México 1976).
- J. Márquez Montiel, *Apuntes de historia genética de México.*
- J. Mendieta, *Historia eclesiástica indiana* (Chávez Hayhoe, 1945).
- Nican Mopohua* (México, Centro de Estudios Guadalupanos, A.C.).
- O. Paz, *México en la obra de Octavio Paz. 1. El peregrino en su patria. Historia y política de México* (México, Fondo de Cultura Económica, 1987.)

G. Rodríguez Martín del Campo, *Historia razonada de México* (México, Jus, 1988).

E. R. Salazar et al, *Documentario guadalupano 1531-1768* (México, Centro de Estudios Guadalupanos, A.C., 1980).

E. R. Salazar et al, *Juan Diego, el vidente del Tepeyac (1474-1578). Biografía compendiada* (México, Centro de Estudios Guadalupano, A.C., 1979).

C. L. Siller, *Flor y canto del Tepeyac. Historia de las apariciones de Santa María de Guadalupe* (Amate, 2; México, SERVIR, 1981).

Sociedad Teológica Mexicana, *La religiosidad popular en México. V Semana de Estudios Teológicos* (México, Ediciones Paulinas, 1975).

A. Trueba, *El mestizo y otros temas* (Figuras y episodios de la historia de México, 69; México, Jus, 1959).